

Precio 15 céntimos



ARTISTA DRAMÁTICA



Fot. Esplugas

María Mantilla

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



L

o que abunda no daña.

Por si no teníamos bastantes religiones en este valle de lágrimas, en Madrid nos ha salido otra.

Se compone de una secta que tiene trescientos afiliados que creen en Dios y en el botijo de agua.

No gastan ninguna ceremonia para casarse. Se ponen frente á frente los cónyuges, se topan como carneros, da la bendición el pontífice, y ya están casados.

Así se ahorran dinero en la iglesia y viajes al registro civil.

Ahora, que los que se van á casar han de declarar antes que están sanos de cuerpo.

De no estarlo se da un par de botijos á los futuros contrayentes y se les encarga que beban el agua que hay dentro.

Esta agua hace milagros porque ha sido bendecida 345 veces por el pontífice. Ni una más ni una menos.

La ceremonia del matrimonio tiene un gran atractivo para los concurrentes de ambos sexos.

Entendámonos: de ambos sexos no; del sexo masculino y femenino.

El atractivo consiste en que se pueden besar hasta hartarse, todo en acción de gracias al Espíritu Santo.

Nosotros en lugar del Espíritu Santo, no queremos semejantes gracias.

El pontífice máximo de la nueva seta, que diría D. Gabriel Bañolas, se llama Juan Jimena ó Ximena, como la señora del Cid Campeador.

Jimena, ó Ximena, se ha dejado coxer y meter en la carcel. A estos trabaxos están condenados los iniciadores de *relixiones*.

Nosotros creemos que la nueva religión tiene también sus Dioclecianos, más conocidos con el nombre de jueces de distrito.

¡Pobre *jimenos!* ¡Apenas lanzados en la vía del botijo de agua y ya están llorando sus penitas en la *trena!*

Hay que confesar que vivimos en un periodo de reacción en que ni siquiera son libres los chiflados.

Hora es ya de que se lancen á la calle los neófitos de la nueva secta al grito de ¡viva la religión del botijo! ¡mueran los enemigos del matrimonio libre!

* *

Frecuentes son los robos que se cometen en las iglesias, tan frecuentes, que casi los podríamos llamar cotidianos.

Ahora bien, según leemos en los periódicos, algunos párrocos tratan de pedir autorización á sus prelados para dejar en los templos perros guardianes que vigilen por la noche la casa del Señor.

La idea no es mala, y aquí donde hemos adiestrado en nuestros buenos tiempos perros para cazar á los indios, no está de más que los adiestremos para perseguir á los tomadores.

Pero ¡ay! que los perros han degenerado también y no distinguen un sacristan del más vulgar discípulo de Pepe María.

Y sino, ya se verá.

Pondremos perros en las iglesias y continuarán desapareciendo los copones.

¿Porque qué va á hacer el pobre animal si ve que la persona que entra á limpiar de alhajas una virgen, es conocida suya y si á mano viene le da todos los días el pan de que se alimenta?

Por eso creemos que poner allí perros es poner la carabina de Ambrosio.

Casi mejor valdría que las alhajas de los templos se depositasen en los Ayuntamientos.

Al menos allí tendríamos la seguridad de que, si desaparecían, se formaría expediente.

Y esto ya es algo. El gobierno saldría ganando el papel sellado.

No todo se lo habían de llevar los ladrones.

* *

El *Noticiero Universal* publica, grabado á navaja como acostumbra, el retrato del Sr. Coll y Pujol.

A continuación va su biografía que es mentirosa, como todas las biografías encargadas á los periódicos.

A las primeras de cambio tropezamos con esta frase:

«Nacido el Sr. Coll y Pujol en 1846, en nuestra universidad cursó con gran aprovechamiento la carrera de *derecho*.»

¿Con aprovechamiento? Pues bien poco se le conoce.

Podrá el Sr. Coll y Pujol haber estudiado *derecho*, pero no lo demuestra mucho. Y esto salta á la simple vista.

Por lo demás, y aparte de esta guasita que alguno va á encontrar de mal género, el Sr. Coll y Pujol es mejor alcalde que empresario de teatros.

No tenemos nada que decir de él, y aunque si bien es cierto que no es *recto* en toda la extensión de la palabra, ha sido un hombre honrado y laborioso, y para conservador es de lo mejor que hemos visto.

Nosotros nos suscribiríamos con gusto á tenerle de alcalde por muchos años.

* *

En Málaga desembarcaron algunos moros y fueron á correr una juerguecita á Carretería.

Uno de ellos ¡voto á Mahoma! notó que le habían eliminado del bolsillo unos cuartos que llevaba ¡y aquí fué ella!

Los reclamó á sus acompañantes y éstos le dijeron que estaba loco. Entonces el moro robado se lanzó como un mastín sobre ellos y comenzó á bocados. Estos le contestaron en la misma forma, y durante largo rato no cesaron en prodigarse mordiscos llevándose en ellos tajadas como puños.

—¡Jámelo! ¡jámelo!—decía la víctima con los dientes ensangrentados mordiendo en la parte carnosa de un compañero.

—¿Qué te lo he de dejar?—contestaba uno del orden procurando poner paz.

Resultado: que los moros ingresaron en la prevención.

Allí los curaron á todos.

Parece ser que efecto de esto, el señor duque de Tetuan va á exigir por la vía diplomática que todo moro que desembarque en España lleve bozal.

* *

Decíamos en el número pasado que todo lo que no gustaba en Madrid gustaba en Barcelona, y vice-versa.

Un crítico incipiente, de Echegaray, ha sido recibido con frialdad en Barcelona.

Ha pasado al revés que con la bonitísima comedia *El Cura de aldea* de Vital Aza.

Y á mí las dos obras, cada una en su género, me gustan mucho.

Habrá que poner entre Barcelona y Madrid un buen peso y una buena medida.

Y á ese fin debemos trabajar los imparciales.

ELIDAN.

EL ARTE DE CALLAR

En esta clásica tierra
de los fogosos tribunos,
dónde salen *oradores*
hasta los que nacen mudos,
(porque si no por la boca,
saben hablar por los puños,
y engarabitando dedos
en signos rectos y curvos,
dicen todo lo que quieren
para arreglar sus asuntos),
en este país hermoso
donde el hombre más inculto
para decir: «buenos días»
quiere soltar un discurso,
es un arte más difícil
y de más útil estudio
el de callar *por sistema*
que el otro de hablar *por gusto*.

Observad á los que callan
en el general barullo;
y lo más que se permiten
en los casos peliagudos,
es menear la cabeza
y ponerse cejijuntos,
sacando el labio de abajo,
y abriendo los ojos mucho,
y soltando un resoplido
como diciendo ¡Yo bufo!...
Quisiera decirlo todo,
pero echo á la lengua un nudo
porque la palabra dicha
en cuanto se suelta, es humo,
mientras que la reservada
del cérebro en lo profundo,

es oro en veta escondida...
como quien dice, oro *en bruto*».

Observad atentamente
á esos ignorantes cucos,
que viendo, oyendo y callando
y con gestos oportunos,
asienten á las mentiras,
y sancionan el absurdo,
y niegan los sacramentos,
y condenan lo más justo,
sin decir una palabra
de que se apodere el vulgo:
—¿Qué opina usted, don Fulano,
de la quiebra de Canuto,
cuyo *pasivo*, parece
que *pasa* de cien mil duros?
—¡Pché!... yo tengo mis informes...
—Para mí no es más que un tuno...
—¡Jé, jé!

—Entiendo la sonrisa;
usted es hombre de mundo,
y... ¡pues! cuando así sonríe...
—¡Hombre... yo!

—No hay subterfugios.
Ve usted más que un telescopio...
Vamos... ¿á que olió el chanchullo,
hace más de cuatro meses?...
—¡Bah, y más de cinco!

—¡Ah, Licurgo!...
Pues si me hubiese avisado
con un gesto de los suyos
otro gallo me cantára,
mientras hoy me canta un buho...
—¡Hombre!... la circunspección...
—¡Ya! me ha dejado desnudo.
—Escuche usted, don Mengano...
(al pararse en otro grupo);
¿qué opina usted de las compras
de caballos, por los rusos?...
—¡Oh! las compras de caballos
traerán colas...

—Y disgustos...
¿verdad? Y tendremos guerra
allá para el mes de Junio...
—¡Pché! ¿quién sabe? ¡me reservo
mi opinión en este punto!...
aunque lo veo tan claro...
—Pues yo que lo veo oscuro,
le estimaría...

—Jé, jé...
son cosas de tanto bulto,
que la menor ligereza...
en fin... ojo... y calma... y pulso...
—¿Pulso?... es decir que habrá baja...
Vamos á vender... (*Murmillos*)
—Caballeros; yo no he dicho...
al contrario... yo discurro
que... ¡pues!... ó lo uno ó lo otro...
—Entonces, paz, de seguro...
¡Vamos á comprar!... (*Rumores*)
—¡Qué previsor!

—¡Que sesudo!
Cuando él dice que no hay guerra...
—¡Qué golpe de vista el suyo!
A los cuatro ó cinco días
llegan tremendos anuncios
de otro inminente conflicto;
porque un movimiento turco
hace temer que en la Europa
se renueven los tumultos...
(que de turcos la política
tiene que andar dando tumbos).

LOS BAILES



Clase media.



Pueblo.



Aristocracia.



El baile apegao, que no bailan mas que los sin vergüenzas.

M. G. G. G.



APERTURA DE LOS BAÑOS

—¡Ya! por algo don Mengano cuando aquí estuvimos juntos, dijo proféticamente...
 —«Caballeros... ojo... y pulso...»
 —¡Claro! y no lo comprendimos....
 pues bien lo dijo el cazurro...
 —¡Oh! ¡si ve crecer la hierba!
 —¡Sabe mucho, sabe mucho!!

Y en Bolsas, y en Ateneos;
 y en *soirées* de alto coturno;
 y en las modestas tertulias
 de prendas, julepe y *burro*
 y en teatros y en paseos;
 y en fin, allí donde hay público,
 siempre hallareis uno de estos
 arúspices tartamudos,
 que, mascullando distingos
 y revolviendo repulgos,
 no tienen como nosotros
 el *si* firme, el *no* rotundo;
 sino que, con monosílabos
 y gimnasia de los músculos,
 tapan su crasa ignorancia
 y velan su juicio obtuso.
 Por eso dije al comienzo
 de mi rimado discurso,
 que hoy es arte más difícil
 y de más útil estudio
 el de *callar por sistema*
 que el otro de *hablar por gusto*.
 XUBÓ.

UN SUEÑO

(PENSAMIENTO DE ADISSON)

Decía Sócrates, que si todas las desgracias del género humano se echasen en un fondo público para ser luego igualmente distribuidas en toda la especie, aquellos que ahora se creen los más desgraciados preferirían sin embargo la parte que ya poseen á la que les cayese en suerte en semejante reparto; y Horacio, llevando aun más allá esta idea, sostiene que los rigores ó infortunios que padecemos són para nosotros menos pesados que lo serían los de otra persona si nos fuese permitido cambiar de condición con ella.

Estaba yo recostado en mi butaca meditando en estas dos observaciones, cuando insensiblemente me quedé dormido. Parecióme de pronto que Júpiter había dado una proclama para que todos los mortales se reuniesen con sus penas y calamidades y las depositasen todas juntas en un montón; habíase designado para este efecto una estensa llanura. Coloquéme yo en el centro de ella, y con gran placer vi llegar, uno tras otro, á todos los humanos y descargarse sucesivamente de sus diversos pesos, que en breve formaron un monte prodigioso que parecía levantarse hasta las nubes.

Andaba por allí cierta señora de aérea forma, muy activa en aquella solemnidad. En una de sus manos llevaba un cristal de aumento, y estaba cubierta de un vestido suelto y fluctuante bordado de diferentes figuras de diablos y espectros, que se mostraban á la vista en miles de formas fantásticas á medida que el vestido ondulaba en el viento. En sus miradas se notaba una espresión salvaje y distraída: llamábase

Imaginación. Ella conducía á cada mortal a lugar designado después de haberle ayudado con gran oficiosidad á hacer su paquete y á echársele al hombro.— Mi corazón se conmovió al contemplar á mis semejantes gimiendo bajo el peso de sus respectivas cargas, y al considerar aquella masa prodigiosa de calamidades humanas que ante mis ojos se levantaba.

Sin embargo, hubo varias personas que me proporcionaron gran diversión. Uno noté que llevaba muy tapado debajo de una rica capa vieja, un bulto que, cuando lo hubo echado al montón, descubrí que era pobreza. Otro, despues de muchos esfuerzos, dió con su carga en tierra y al examinarla vi que era su mujer.

Allí habia multitud de amantes cargados con bultos, muy bizarros, compuestos de dardos y llamas; pero era lo más gracioso que, á pesar de que suspiraban cual si su corazón se partiese bajo el peso de aquellas calamidades, no podían determinarse á echarlas en el montón cuando llegaban á él; sino que después de finjir algunos esfuerzos, meneaban la cabeza y se marchaban tan pesadamente cargados como habían venido. Infinidad de viejas vi que arrojaban sus arrugas, y muchas jóvenes que se deshacían de un cutis atezado. Había gran copia de narices encarnadas, de labios gruesos, de dientes mohosos. Yo estaba admirado, á la verdad, de ver que la mayor parte del montón estaba compuesto de deformidades corporales. Observando á uno que se dirigía al montón con un bulto algo mayor de lo regular, hallé, cuando se acercó, que no era otra cosa más que una joroba natural, que dejó con gran alegría de corazón entre aquella colección de miserias humanas.

También habia enfermedades de todas clases, aunque no pude menos de observar que habia mayor número de imaginarias que de reales. Tampoco pude menos de reparar en un papelito, que era una compilación de todas las enfermedades inherentes á la naturaleza humana, y que estaba en manos de mucha gente de distinción: aquello se llamaba el *spleen*. Pero lo que más me sorprendió fué el observar que en todo el montón no se echó ni un solo vicio ó locura: esto me admiró tanto más, cuanto que yo me habia figurado que cada cual aprovecharía aquella oportunidad para deshacerse de sus pasiones, preocupaciones y debilidades.

Reparé particularmente en un gran tunante, que ni por un momento dudé de que vendría cargado con sus crímenes: pero al examinar su lote, me encontré con que en vez de arrojar su maldad habia arrojado su memoria. Otro malvado le seguía, que tiró su modestia en vez de su ignorancia.

Habiendo terminado la recolección se dió á cada cual entera libertad para cambiar sus miserias por las de otra persona.

La Imaginación empezó á agitarse de nuevo, y repartiendo el montón entero con increíble actividad, recomendó á cada uno su paquete respectivo. Imposible sería espresar el tumulto y la confusión que hubo en aquel momento. Comunicaré al público algunas observaciones que hice. Un venerable anciano, con la cabeza blanca, que se habia deshecho de dolor de estómago y que, á lo que vi necesitaba un heredero para sus bienes, se apoderó de un hijo desobediente arrojado al montón por un encolerizado padre. En menos de un cuarto de hora el desdichado

joven tiraba al anciano de las barbas, y parecía dispuesto á hacerle saltar los sesos; así que encontrándose con el verdadero padre, que venía hacia ellos andando con dificultad y encorvado por el dolor, el viejo le rogó que volviese á tomar su hijo y le devolviese á él su dolor; pero ni uno ni otro podían ya renunciar á la elección que habían hecho. Un pobre presidiario que había tirado sus cadenas, cogió en cambio la gota, pero iba haciendo tales gestos, que fácilmente se comprendía que no había ganado mucho en el cambio. Era asaz divertido el ver los diversos cambios que se hicieron de enfermedades por pobreza, de hambre por falta de apetito y de cuidados por penas.

El sexo femenino estaba muy agitado haciendo cambios de todas clases de formas y cualidades corporales: una estaba cambiando un rizo de cabello cano por otro rojo; otra daba un talle corto por un par de hombros redondos, y otra regateaba una cara fea por una reputación perdida; pero en todos estos casos no había una sola de entre ellas que no conceptuase el nuevo defecto, tan pronto como lo tenía en su posesión, mucho más agradable que el antiguo. La misma observación hice respecto á todas las demás desgracias ó calamidades que cada cual llevaba en lugar de las que había abandonado: no podré decir si esto consistía en que todos los males que nos caen en suerte son en cierto modo conformes y proporcionados á nuestras fuerzas, ó si es que todo mal se hace más llevadero con la costumbre.

Al que, en verdad, no pude menos de compadecer fué á un pobre jorobado, que se volvía hecho un hombre de muy buena figura, pero enfermo del hígado; y no me inspiró menos lástima el caballero que había trocado con él, y que andaba tropezando entre una reunión de señoras, que antes solían admirarle, con un par de hombros que se le asomaban por encima de la cabeza.

Al fin, ya se había distribuido el montón entre ambos sexos, que ahora representaban un cuadro de los más lastimeros, errando por todos lados bajo el peso de sus diversas cargas. No se oían más que murmuraciones y quejas, gemidos y lamentos. Por fin Júpiter, compadeciéndose de los miseros mortales, les ordenó que devolviesen de nuevo sus cargas, con el fin de devolver á cada uno la suya. Todos se descargaron con gran placer, despues de lo cual el fantasma que los había hecho caer en tamañas ilusiones, recibió orden de retirarse. En su lugar vino otra diosa de otra figura muy diferente; sus sentimientos era reposados y comedidos, y su aspecto serio, pero afectuoso. De cuando en cuando dirigía los ojos al cielo y los fijaba en Júpiter; llamábase Paciencia. Apenas se hubo colocado al lado de la montaña de las miserias, cuando, con gran sorpresa mía, el montón disminuyó de tal manera, que no parecía ni la tercera parte tan grande como antes. Inmediatamente devolvió á cada cual su propia calamidad, y enseñándole el mejor modo de sobrellevarla, todos se marcharon contentos y muy satisfechos con que no se hubiere dejado á su elección el género de males que le cayese en suerte.

Además de las diversas conclusiones morales que pueden sacarse de este sueño, aprendí en él á no murmurar nunca de mis propias desgracias ó envidiar la felicidad de otro; puesto que á

todos nos es imposible el formarnos un juicio exacto de los padecimientos de nuestro prójimo, por lo cual he determinado tambien no juzgar nunca con demasiada ligereza sobre las quejas de otros, sino considerar los dolores de mis semejantes con sentimientos de humanidad y de compasión.

E. L.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Con eso que la sucede
señora, estoy aturdido.
¿Dice usted que no se puede
aguantar á su marido?

Que cuando hacia el amor
era todo un caballero,
y hoy es celoso, traidor
y, á veces, hasta grosero?

Lo creo, y dispense usted
si añado que no me choca.
¡Si fuera como antes fué
sería una suerte loca!

Yo, como usted certifico
de que es un terrible aprieto
el de sufrir á un sujeto
más de dos años y pico.

Porque el variar es hermosó,
y siempre la misma cosa
produce un tedio espantoso
y una pesadez odiosa.

Antes, de novio, sería
el que le llevó al altar
un merengue, una arropia
de atractivo singular.

Galante, bien educado,
el colmo de la prudencia,
siempre limpio y atildado
al llegar á su presencia.

Jamás le vería usted
la barba mal recortada
ni una mancha en el *chaqué*
ni un descosido, ni nada.

¿Y moralmente? Un dechado
de virtudes y bondades,
listo, activo y arrojado
para las adversidades.

Y pintando su pasión
¡cuánta dulzura, qué fuego!
¡Todo entero el corazón
á los piés del niño ciego!

Después... cesó la locura;
la vida matrimonial
tiene también su dulzura
pero de un modo especial.

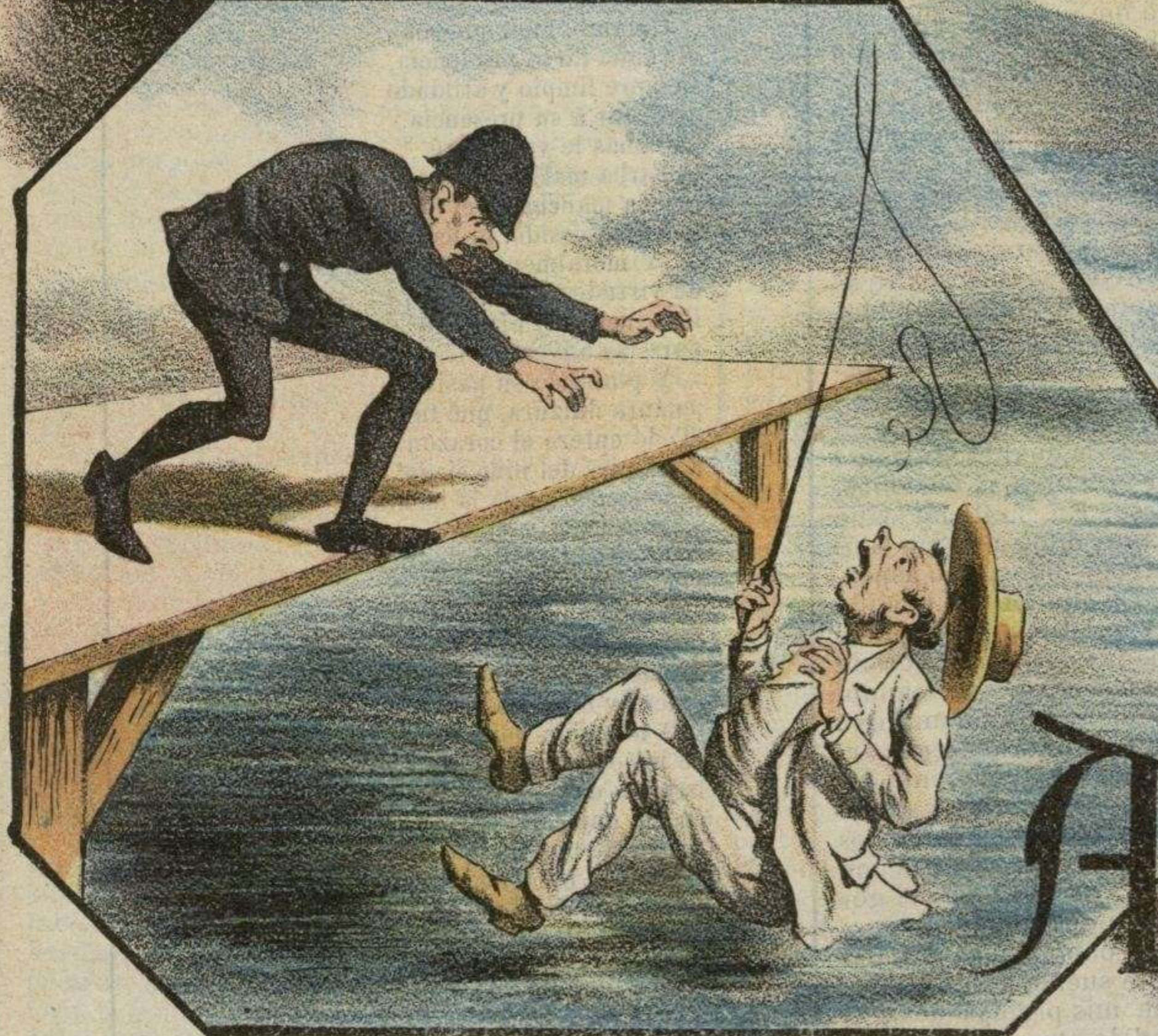
Ya no hay afán ardoroso
ni penas devoradoras,
ni puede estar el esposo
pulcro y limpio á todas horas.

A lo mejor, por azares
de la compra ó del servicio,
hay sus dares y tomares,
en fin, gajes del oficio.

Se riñe por cualquier cosa,
y por una nimiedad
se reniega de la esposa
que mata la libertad.

Se piensa, más que en amor,
en el cargo y en la data,
y el idilio embriagador
se atrofia y se desbarata.

PARAZOMIA



ACUÁTICA



Y como hay almas traidoras
y lenguas de los demonios
que atacan á todas horas
la paz de los matrimonios,
Hay que vivir ojo alerta
en una alarma incesante,
porque si se abre la puerta
entra en seguida el amante.

De aquí que el pobre marido
sea celoso y gruñón
puesto que por un descuido
le dan la gran desazón.

¿Va usted comprendiendo ahora
el porqué se cansa usted
de esa calma aterradora
que va matando la fé?

Pues piense usted enseguida
en cómo estará su esposo,
que va pasando la vida
bajo el yugo fastidioso.

Con una señora así
como usted, pongo por caso,
que ya no es hada, ni hurí,
ni viste de seda y raso,

Ni le recibe risueña,
ni la habla amante al oído,
y casi siempre se empeña
en dominar al marido...

Piense usted en lo que debe
el pobre esclavo pasar
¡y diga usted, si se atreve,
que no le puede aguantar!

SINESIO DELGADO.

UN MAL TIRO

Hace unos años vivíamos en N., bonito pueblo de tres ó cuatro mil almas, que era cabeza de distrito.

Teníamos nuestra tertulia en casa de la alcaldesa que tenía dos hijas casaderas. Allí concurrían el juez y su señora, el escribano con su escribana y dos hijos más largos que palos de telégrafo, un indiano solterón y alegre como unas castañuelas, y todo lo mejorcito del pueblo.

Por aquel tiempo llegó á N. un nuevo registrador de la propiedad, en sustitución del anterior que se nos había muerto de una indigestión de tomates crudos. ¡Y cómo le gustaban á aquel pobre hombre los tomates!

El nuevo registrador se llamaba D. Nicolás Infundio y estaba casado con D.^a Blanca Alalimón, que no era blanca sino más negra que un zapato. Item más, esta señora era feísima y por añadidura tuerta. ¡Un castigo!

Este matrimonio fué presentado á la tertulia de la alcaldesa, á cuyo marido veíamos pocas veces, pues estaba constantemente metido en el Ayuntamiento. Yo creo que hasta dormía allí.

El registrador se adquirió bien pronto las simpatías de todos por su excelente carácter y por su conversación que era entretenida, aunque algo sarcástica.

No sucedió lo mismo con doña Blanca, que nos volvió negros á todos. Era chismosa como ella sola, y á los dos días de estar en el pueblo ya sabía la vida y milagros de todo el mundo.

Tranquilamente se pasaba nuestra existencia entre el billar del casino, la tertulia citada y alguna que otra partida de caza que solíamos organizar.

Desde que había llegado don Nicolás no habíamos salido con la escopeta y una tarde el indiano en el casino propuso que saliésemos á la mañana siguiente á matar unas perdices. Aceptamos todos desde luego.

—Usted también vendrá, don Nicolás—dijimos al registrador.

—¿Yo? ¡Nunca!

—¿Y por qué?

—Porque no me gusta la caza.

—Si no caza V. véngase al ventorrillo del Chato, allí nos espera V. hasta el mediodía y á esa hora recalaremos por allá á comer una sabrosa olla podrida y medio carnero que nos tendrá asado.

—Por lo de la olla voy; pero ha de ser con la condición de que no le digan Vdes. una palabra á mi señora.

—Corriente.

Al día siguiente salíamos con nuestras escopetas y perros el indiano, el escribano, sus hijos, un labrador rico del pueblo, el médico, el juez, don Nicolás y yo.

D. Nicolás iba con las manos en los bolsillos, admirando el sol que comenzaba á levantarse. Yo notaba que de vez en cuando echaba una mirada extraña á las escopetas.

Llegamos á la venta del Chato, encargamos al ventero la comida para las doce en punto y nos lanzamos por aquellos viñedos á levantar perdices.

El registrador se quedó con el ventero y la mujer y los hijos de éste, y como era glotón pasó la mañana entretenido ayudándoles en el condimento de los manjares.

Toda la mañana estuvimos cazando y al mediodía nos dejamos caer uno tras otro en la venta. Reunimos la caza: dos liebres y once perdices. Hicimos con las primeras un guisado y dejamos las otras para regalar á las señoras del pueblo.

Nos sentamos á la mesa con un apetito voraz y llenos de alegría. Una rica sopa de fideos fué el primer plato, al que siguió la olorosa y succulenta olla podrida. ¡Qué modo de comer! No hablamos una palabra hasta que llegó el guisado de liebre y el cordero. Satisfecha nuestra primera necesidad, comenzamos á bromear y á reír.

Así se pasó la comida hasta los postres que consistieron en frutas y queso. Luego se nos sirvió el café y los cigarros... del estanco, por supuesto.

D. Nicolás fué objeto de nuestras bromas, porque él se prestaba de buen humor á ello.

El indiano le dijo por último:

—Hombre, don Nicolás ¿en qué consiste esa antipatía que tiene V. á la caza? ¿No ha cazado V. nunca?

—Sí, una vez.

—Ah, vamos; le pasó á V. como al cazador del cuento: mató V. á un guardabosque.

—Más que eso todavía: me suicidé.

—¡Diantre! ¡Suicidarse! ¿Y cómo?

—Verán Vdes.... Pero antes dejen Vdes. que tome una copita de ese buen coñac; él me dará ánimos para contar mis desdichas.

Después de beberse la copita, comenzó de este modo el registrador de la propiedad:

—Hace veinte años tenía yo veintitres y estaba enamorado como un loco de una joven llamada Elisa, guapa, modesta, bien educada y

rica. Sus padres la querían entrañablemente y no se oponían á sus gustos, que se reducían á pasar casi todo el año en una casa de campo que tenían á dos leguas de la ciudad.

Yo era íntimo amigo de un hermano de Elisa que era de mi misma edad, y valiéndome de su amistad hacía frecuentes visitas á la casa de la que yo adoraba.

Ella conoció bien pronto el estado de mi alma y me correspondió. Me declaré por medio de una carta y me contestó afirmativamente.

Esto pasaba en su casa de campo donde yo había ido á pasar unos días invitado por mi amigo, el hermano de Elisa.

Este, su padre y su madre no sospechaban una palabra de nuestros amores. Tampoco sabía una jota de ellos una prima de Elisa que vivía con la familia. Esta primita era pobre, fea y enredadora; en fin una calamidad.

Una tarde, el hermano de Elisa me invitó, presentándome una escopeta, á que saliésemos á matar pájaros.

—Mira que nunca he tirado, le dije.

—No le hace, así te acostumbrarás.

Salimos con nuestra arma y no tuvimos ocasión de disparar un tiro. Al llegar cerca de la casa, vi un tordo magnífico en un árbol que estaba colocado á algunos metros del portal. Le apunto, aprieto el gatillo, y ¡pum! disparo. Un ruido espantoso de vidrios rotos y gritos de mujeres se deja oír. A través del árbol había metido toda la perdigonada por el balcón tras de cuyas vidrieras estaban cosiendo Elisa, su madre y su prima.

Me quedé horrorizado.

Mi compañero y yo subimos precipitadamente.

Elisa y su madre no tenían más que el susto; pero á la prima le había entrado un perdigón en el ojo y se le había saltado.

Se llamó al médico y nada; se quedó tuerta.

La familia de Elisa puso el grito en el cielo y me hicieron prometer allí mismo que me casaría con la víctima de mi torpeza.

Yo estaba tan aturdido que prometí cuanto quisieron, y tres meses despues, en vez de casarme con Elisa como había soñado, llevaba al altar á Blanca Alalimón, mi actual esposa, que Vdes. conocen.

Al llegar aquí don Nicolás dió un suspiro y nosotros nos echamos á reír.

—No se rían Vdes.—nos dijo.—Aquel día me suicidé. ¡Malditas escopetas!

Y por la noche volvimos al pueblo compadeciéndolo al pobre registrador.

DANIEL ORTIZ.

LA GRAN VÍA

Que me perdone Felipe
y que me perdone Chueca,
y que el maestro Valverde
disculpe mi impertinencia,
pero ellos tendrán la culpa
con su popular zarzuela
de que yo me vuelva loco
y pegue un tiro á cualquiera.

Su música juguetona
alegre, inspirada y fresca,
me entusiasma en el teatro
y allí la aplaudo de veras.

—¡Y ojalá que *La gran vía*
se haga en el cartel eterna
para bien de sus autores,
y orgullo de las empresas!—

Pero lo que á mí me irrita,
lo que á mí me desespera
es que en casa, y en la calle,
y en paseos, y en plazuelas,
y en los cafés, y en los toros,
¡y hasta creo que en la Iglesia!
no se oye hace un año más
que la música de Chueca...

Los cinco mil organillos
que por Madrid se pasean;
los ciegos y los murguistas,
las bandas y las orquestas
y los pianos de todas
las muchachas madrileñas,
no tienen más repertorio
ni más música selecta
que ese schotis y esa marcha
y ese vals y esa habanera
y ese... ¡diablo que los lleve
á donde yo no los vea!...

¡Qué pesadez! ¡Qué machaca!
¡Esta ya es mucha insistencia!
y para mayor desdicha
y como todo se pega
yo mismo maquinamente
—¡y esto es lo que me exaspera!—

me paso el día cantando
lo mismo que me revienta...
y lo cantan en mi casa
el portero y la portera,
y los chicos del colegio
del segundo de la izquierda,
y el sastre de la guardilla
(¡que entona de una manera,
que si corta como canta
buenas estarán las prendas!)
y las niñas del tercero
y todas las cocineras,
y mi cuñada, y mis chicos,
y mi muger y mi suegra!...

Les digo á ustedes que á mí
se me acabó la paciencia;
que tengo ya un *Pobre chica*
zumbándome en la cabeza;
y un *Soy el rata primero*
y un *Soy un baile de horteras*
y un *Caballero de Gracia*
y un... ¡Vamos! ¡Que me marean!

Lo que es si yo fuera alcalde,
tomaba una providencia
decisiva, á rajatabla,
inquisitorial, enérgica.
Comprendiendo que la música
de *La gran vía* molesta
á los vecinos pacíficos
por lo que se abusa de ella,
en uso de mi derecho
con mano firme y severa
impondría las siguientes
multas, castigos ó penas:
«Por cantar el vals cien duros»,
«El schotis, ciento cincuenta»,
«La introducción, veinticinco»,
«*Los ratas*, dos mil pesetas»,
y el cantar el «*Pobre chica*»
le costaría á cualquiera
catorce años de trabajos
forzados en Cartagena.

LA CUESTIÓN DE LA NIÑA MARTIR

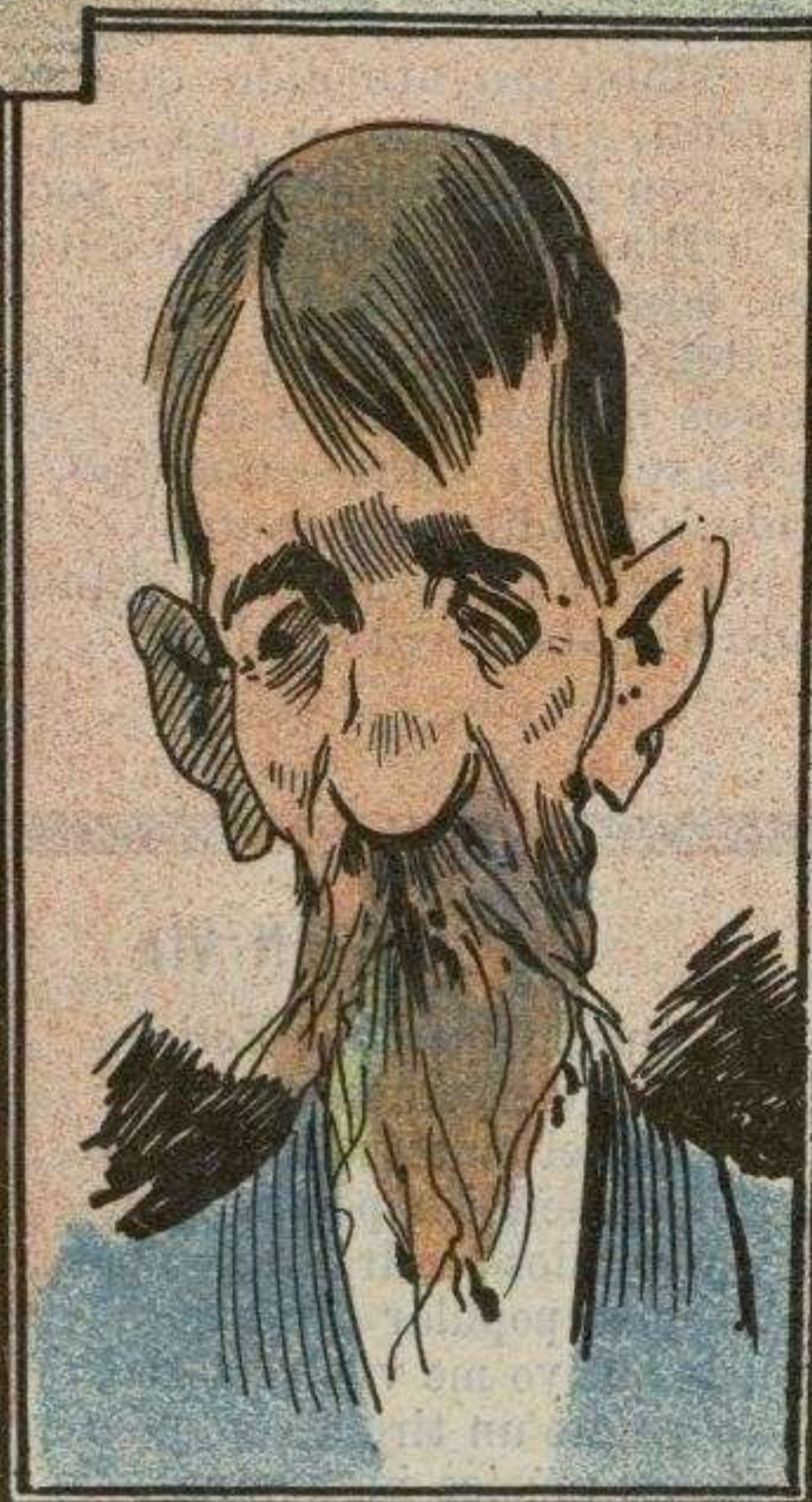


—¿Qué ovación hemos hecho á Romero Robledo!
—Es decir que la duquesa.....
—Es una martir.
—¡Hombre, qué lástima! ¿Para qué no te vistes de niña
y vas á servirla?

—¡No, lo que es á esa duquesa,
si yo tuviese algo que
ver con la niña, le da ba
una de garrotazos que ya, ya!

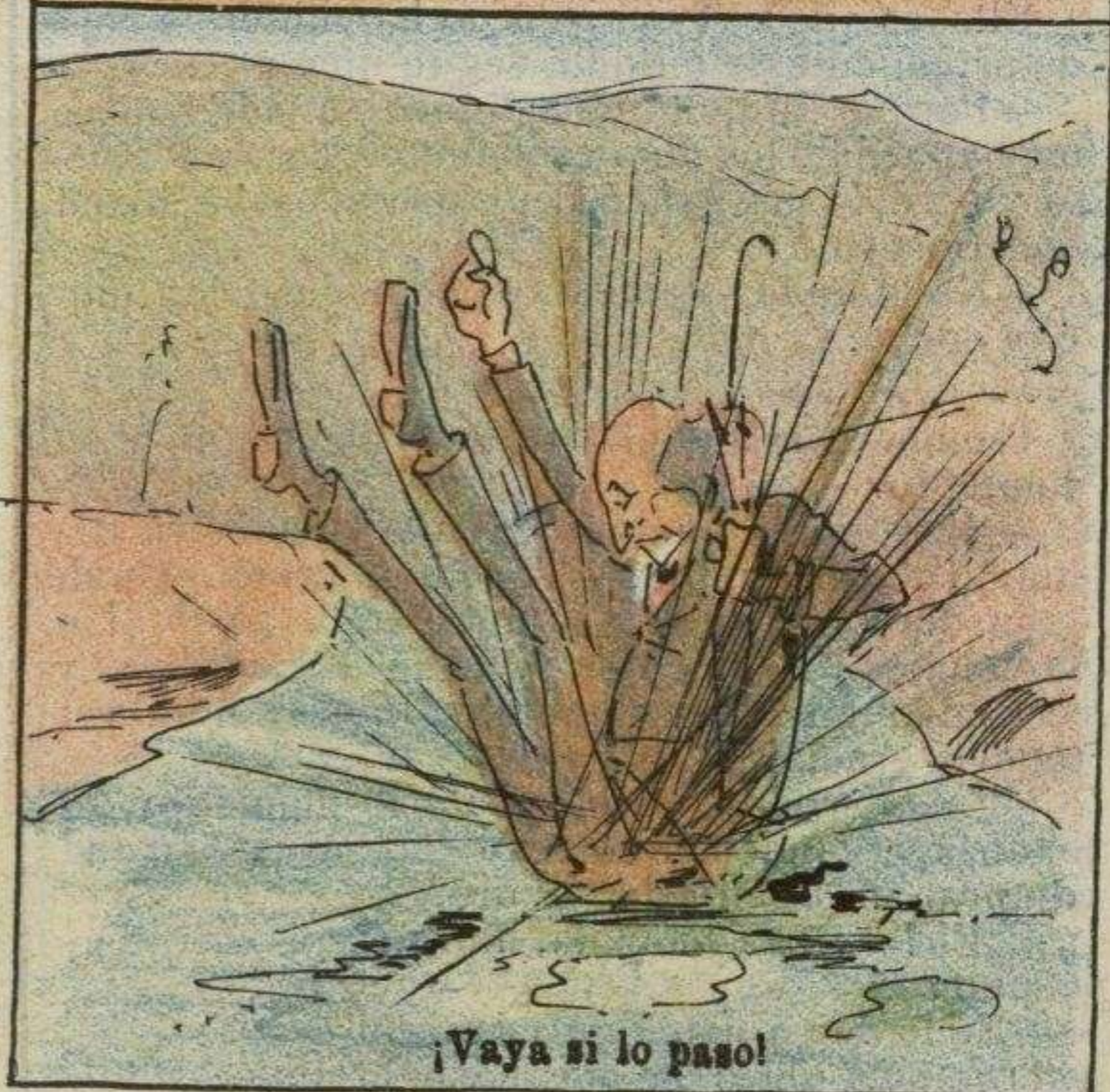
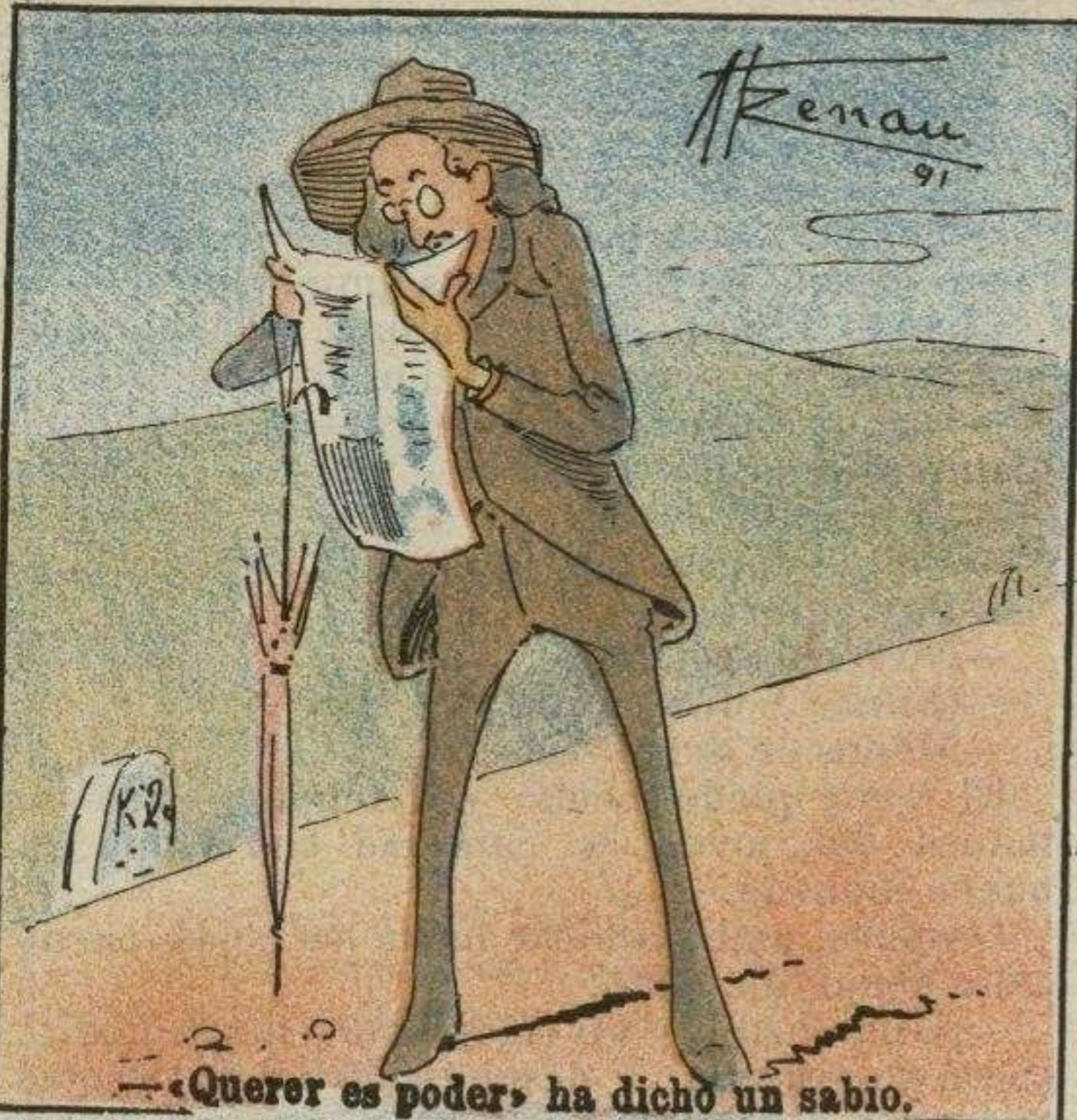


—¿La pegaba con un martillo?
—No; con el dedo.
—¡Cáspita!



—¡Desventurados niños! ¡Por eso no los he tenido yo!

TEORÍA Y PRÁCTICA



Con perdón de mis amigos
Felipe, Valverde y Chueca,
esto es lo que debe hacerse
ó no hay justicia en la tierra.

VITAL AZA.

LOS LISTOS

I.

A mi? ¿Engañarme á mi?—decía Trompeta, asiduo concurrente al café Suizo.—Soy barcelonés legítimo, nacido en la calle de Escudillers y recreado en la Barceloneta

—Hoy se ha adelantado mucho en eso del timo—replicaba don Doroteo, apreciable cirujano comadrón.

—¡Parece mentira que haya hombres tan ilusos!—siguió diciendo Trompeta.

—Se dejan conducir con los timadores como borregos.

—Es que los timadores son muy listos.

—Ya saben ellos con quién dan. Mire usted, conozco á Barcelona, como conozco á mi mujer, mal comparada. Una vez me paró en la calle un timador y quiso hacerme creer que poseía unos polvos para fabricar monedas de cinco duros isabelinas; y ¿sabe usted lo que hice? Pues le cogí por el cuello y si no es por una portera que empezó á darme escobazos, lo estrangulo allí mismo.

Don Doroteo sonríe con aire de incredulidad y Trompeta exclama:

—Diga usted que se necesita tener mucho *pesqui* para *engañarme á mi*...

Trompeta es uno de esos sujetos que ejercen la profesión de listos.

No hay suceso que él no haya presenciado, ni calle que no conozca, ni garito que no visite, ni joven agraciada que no se vuelva loca por sus pedazos.

Si se trata de beber copas es una fiera; si de andar á puñaladas una cuba; si de ver toros un Herrmann; si de manejar las cartas un Lagartijo... y así sucesivamente.

Ello es que á Trompeta no hay quien le coja de primo en este mundo, según dice él.

—Porque yo no tendré dinero—añade,—pero me han salido los dientes viendo cosas, y á gate-ra y perdido me ganan muy pocos, ¿sabe usted don Doroteo?

—No lo dudo—contesta el comadrón con mucha sorna.

II.

Trompeta sale del café con dirección á su domicilio.

—¡Hay gente que me da una rabia!—va diciendo por el camino.—Todo se lo creen. ¡Cualquier día me dejaba yo engañar!... ¿Yo? ¡Un barcelonés nacido en la calle de Escudillers y recreado en la Barceloneta! ¡Vamos, hombre; tendría gracia!...

—Caballero—le dice en aquel momento un joven, acercándosele con cautela.—Quiere usted comprar un buen reloj de oro?

—¿Eh?—dijo Trompeta, mirando á su interlocutor.

—Se lo doy á usted muy barato.

Trompeta abrió los ojos hasta lo inverosímil.

—Pero ¿es de oro?—preguntó.

—Oro de ley.

Y el joven condujo á Trompeta hasta un portal.

—A ver eso...

—Tenga usted cuidado—siguió diciendo el joven.—¡Que no me vean los municipales!...

Cuando Trompeta vió la alhaja no pudo menos de lanzar una exclamación de asombro.

—Es un *remontoir* de primera—dijo el comerciante callejero.

—¿Y cuánto?

—Veinte duros.

—Doy quince

—No puede ser.

—Quince y una peseta

—Menos de diez y seis...

El trato quedó hecho y Trompeta puso en manos del joven la cantidad convenida en buena moneda.

Después, embozándose hasta las cejas, partió calle abajo, diciendo:

—¡Una onza por un reloj de oro magnífico!... ¿Seré yo granuja? Y después dirá don Doroteo que no sé distinguir...

III.

Al día siguiente:

—¡Hola, Trompeta!

—¡Adios, don Doroteo!

—¿De dónde viene usted?

—De una *juerga*. Un poquito de vino, algo de cante flamenco... En fin, ¡la mar!

—Usted siempre tan tronera.

—¿Qué va uno á hacerle? Me ha hecho Dios así.

—¡Buen tuno está usted!

—Un tuno regular. Nacido en la calle de Escudillers...

—Y recreado en la Barceloneta.

—Exactamente. ¡Hombre! Va usted á ver si le tiene á uno cuenta haber nacido aquí y estar en los *timos* y en las picardías de la vida. Anoche compré un reloj.

—¿Sí?

—¡Cosa magnífica! A otro que no fuese yo le hubiera costado cien duros.

—¡Caramba!

—Pero, como soy tan granuja, ofrecí quince y me lo dejaron en diez y seis.

—¡Ah, sátrapa!

—Mire usted.

Trompeta saca el reloj, don Doroteo lo examina y lanza una sonora carcajada.

Trompeta.—De qué se ríe usted?

Don Doroteo.—Del reloj.

—¿Cómo?

—Mire usted, mire usted qué pálido se va quedando el pobrecito.

—Pero...

—¿No decía usted que era de oro?

—¡Claro!

—Pues, mirelo usted bien; es de hoja de lata con un baño de azafrán.

Casi todos los listos son como Trompeta.

LUIS TABOADA.

MISCELANEA

En la muestra de una fonda se lee:

«Aquí se habla francés y alemán».

Un comisionista llega y pregunta:

—¿Quién habla aquí alemán?
Y contesta el dueño:
—¡Toma! Los viajeros.

En la Bolsa.

Desengáñese V. A los bolsistas se nos calumnia. Dicen que todos somos unos ladrones y la verdad es que yo no conozco más que á dos.

—¿Y quién es el otro?

—Mi mujer tiene unos cabellos notables. Le arrastran.

—Pues mira, á la mia se le caen al suelo

—¿Qué haces ahí parado?

—Estoy esperando á una criada á ver si me trae la respuesta de un billete...

—¿De cuánto?

En un restaurant.

—¿Hay melocotones?

—No, señor. No están maduros todavía.

—Bueno. Esperaré.

Los hombres, chica, lo ves;
se casan bastante mal.
unos por el interés
y otros... por el capital

Si quieres que te lo diga
cantando te lo diré,
que son tu padre y tu madre
un hombre y una mujer.

J. POVEDA.

Al poner el alero de un tejado,
un albañil cayó, y quedó lisiado.
Y un cochero cayó de su berlina
y el cráneo se rompió contra una esquina.
*Teniendo en cuenta los ejemplos estos
nunca envidies, lector, los altos puestos.*

Definición del amor
que dá mi amigo Facundo:
la tontería mayor
que se conoce en el mundo.

JUAN URIOSTE SOTO.

Si el lugar supiera
donde está enterrada
una crucecita de nardos y rosas
pondría á mi hermana.

Cuando muere un niño
los ángeles cantan.
Cuando muere un hombre
tañidos muy tristes su muerte señalan.

La sortija que me diste
tengo en el alma grabada,
que aquel aro representa
mis penas y mis desgracias.

J. MENÉNDEZ AGUSTÍ.



Pantomima acuática.—Cuando estas líneas lleguen á manos de nuestros lectores, se habrá inaugurado ó estará á punto de inaugurarse en el Circo de caballos, la célebre pantomima acuática contratada por el Sr. Alegría.

En todas partes donde se ha representado ha producido entusiasmo verdadero por las escenas cómicas á que dá lugar.

Deseando complacer á nuestros lectores, hemos encargado á Madrid á uno de nuestros dibujantes que sacase *de visu* las principales escenas de la pantomima, y en la plana del centro de nuestro número de hoy podrán ver nuestros favorecedores los más salientes lances de este cómico espectáculo.

La mujer del centro les gusta á ustedes ¿verdad?

Pues á nosotros también.

¡Quién fuera el agua para recibirla en nuestro seno y coseno!

El comercio de Madrid se vá á negar á recibir billetes de Banco.

¡Dichoso de él!

Yo hace años que no los recibo, pero no por falta de ganas.

De todos modos, ya sabe el Banco una salida para sus billetes.

Tráigalos á LA SAETA.

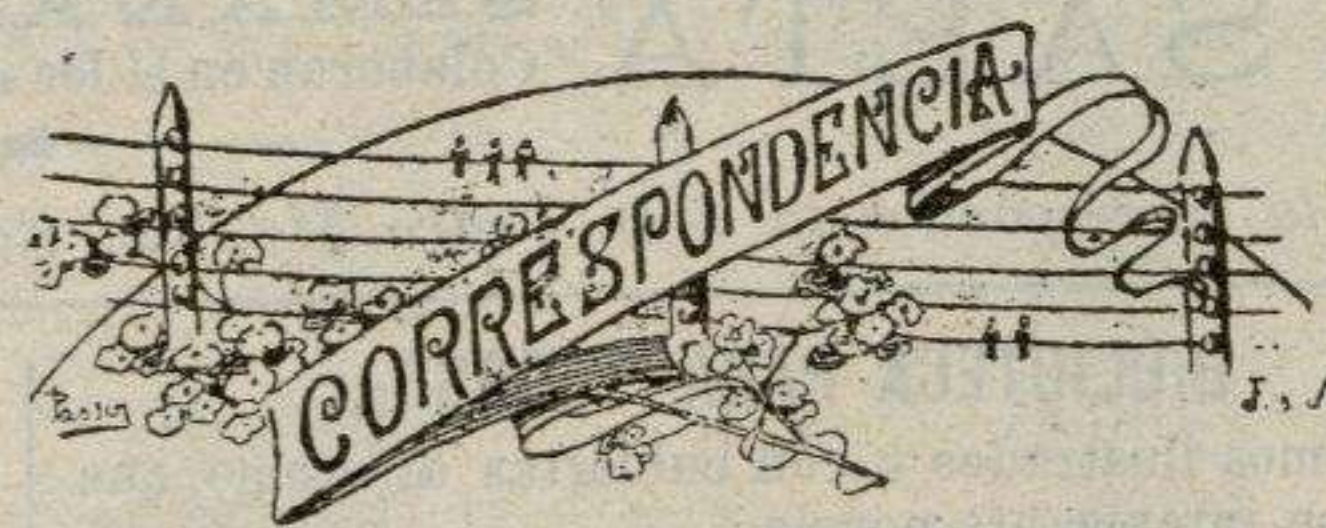
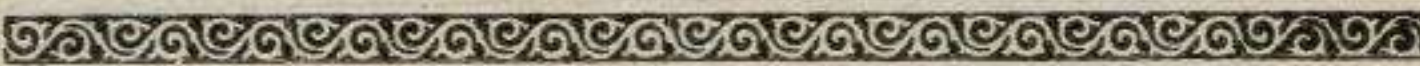
Dos *militaras* en *La Deliciosa*:

—Mira al teniente Tirado.

Se parece al batallón.

—¿Y en qué, querida Asunción?

—En que está muy bien formado.



J. R. (París).—No puede insertarse por incorrecto.

J. M. S. (Madrid).—Irán dos cosillas.

Veleta.—Irá algo.

S. L.—Esta vez han salido flojillas las coplas. De lo otro irá algo.

Cucufate.—Recibido; irá más adelante.

V. (Madrid).—Los interesados están en el secreto, con que puede V. ir á hacerse afeitar.

J. V. de T. (Madrid).—Bonito artículo. Como de V. compañero. Pero el propietario de LA SAETA no puede pagar por ahora trabajos hasta que se desahogue un poco.

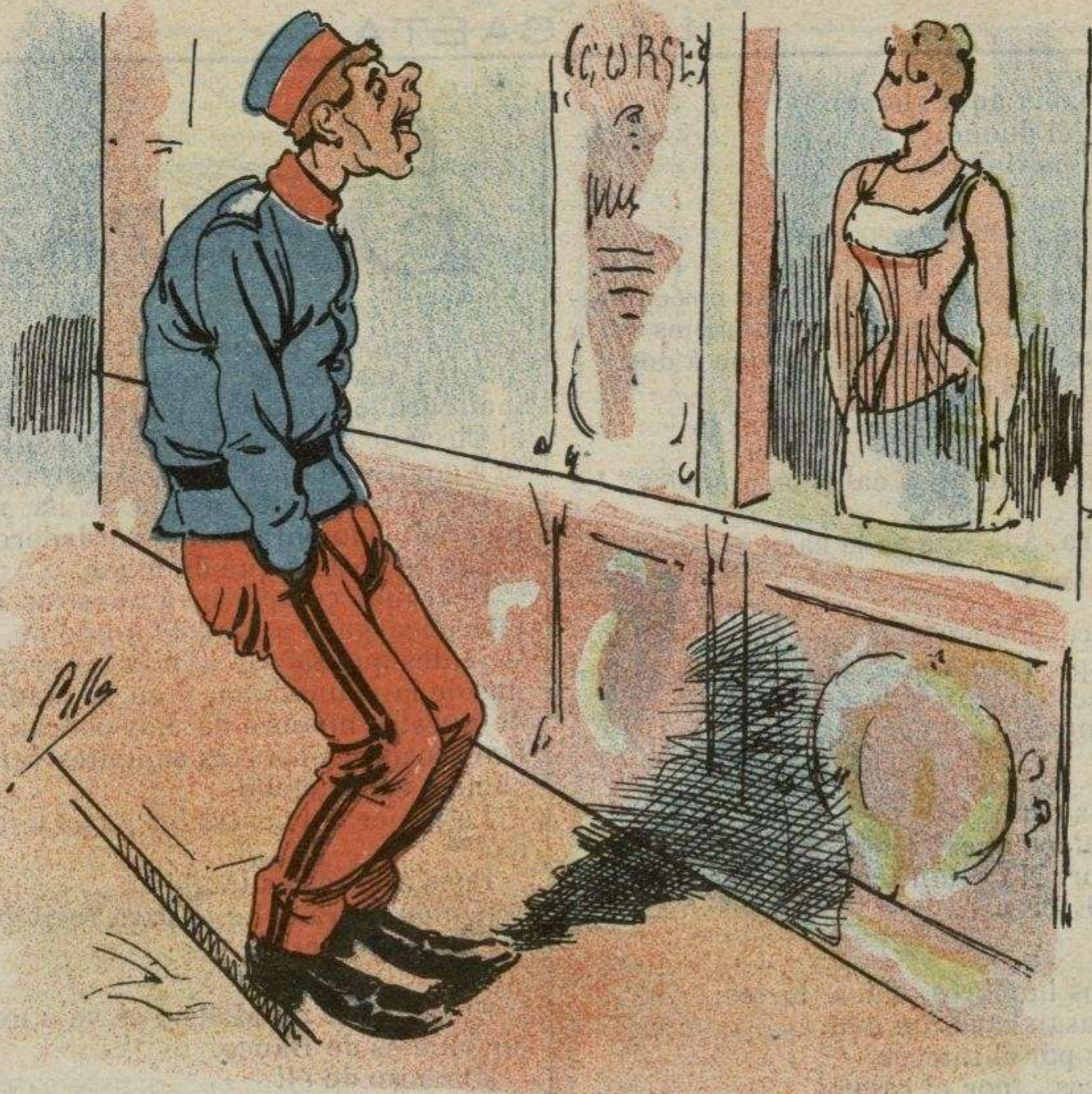
F. F. V.—No puede ir.

Lord Sfee.—No está mal, pero el asunto es poca cosa.

F. F.—Eso ya ha pasado de moda. Sin embargo, lo hubiera insertado á ser más cortito.

N. U. R.—No somos moneda de cinco duros para dar gusto á todos.

ILUSIONES



¡Córreholis! ¡Cómo me mira! Así que me haga una seña,
me pricipito en sus brazos.

 ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 45 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.